

8ª ed., Allahabad, 1949, significa 'strike', 'stopping work in mill or college' etc., 'shutting up all shops and markets'. Para inglés *haunch* y *haunt* (pág. 640) sería mejor dar como etimología las formas anglo-normandas *haunche* y *haunter* en vez de las formas francesas *hanche* y *hanter*. *Hest(h)er* = *Esther* (pág. 656) viene del hebreo *Ester*. Inglés *hosanna* (pág. 676) procede del latín eclesiástico *hosanna*, proveniente del griego *ἠσαννά* y éste del hebreo *hōš'i 'ānnā* '¡ayude!'. Para inglés *hurra(h)* (pág. 685), que existe también en alemán, sueco etc., cf. ruso *urá*. Pentti Aalto, *Neuphilologische Mitteilungen*, LIII (Helsinki, 1952) pone en relación estas palabras con el turco (especialmente kirguís) *urán* 'alarido, grito de guerra, palabra' (Radloff, I, 1653) y kalmuco *urán* 'grito de guerra', del mongólico *urijan*, *urija*. Nuestro diccionario deriva el inglés *hurricane* del esp. *huracán*, tomado del 'guatemalteco' *hun-r-a-kan* (pág. 685). 'Guatemalteco' en realidad significa el español hablado en Guatemala, y allí se dice *huracán*; *huracán* (pronunciado *juracán*) dicen también los quichés. La palabra española viene del taíno (*juluca*, etc.), que la tomó de los mayas. En quiché (maya) *huracán* es el dios de la tempestad. La forma quiché significa literalmente 'el que tiene una sola pierna', y su etimología es la siguiente: *hun* (pronunciado *jun*) 'uno', *r* es pronombre posesivo, y *acán* 'pierna'. Sobre los elementos astronómicos que dieron origen a esta expresión consúltese R. Lehmann-Nitsche en *Revista del Museo de la Plata*, XXVIII, 103-145 y en *Iberica*, III (Hamburgo, 1925), 41-44. *Hwang-ho* (pág. 687) procede del chino *huáng* 'amarillo' y *ho* 'río'.

WILHELM GIESE.

KARL BÜHLER, *Teoría del lenguaje* (Biblioteca Conocimiento del Hombre). Madrid, Revista de Occidente, 1950. 489 págs.

Traducida por Julián Marías y con *Nota preliminar* suya, en la que explica los objetivos y circunstancias de la versión, la Revista de Occidente ofrece *La teoría del lenguaje* del profesor Karl Bühler, autor también de la *Teoría de la expresión*, reseñada aquí anteriormente, y que forma con ésta un conjunto armónico y unitario, debiendo considerarse la segunda en función de la primera y viceversa.

El libro trae un prólogo, escrito por el mismo Bühler, en el que pone de relieve los principios que lo han dirigido en la investigación y cuenta, por lo demás, el itinerario laborioso de su obra, lograda gracias a la colaboración decidida de sus colegas y amigos de la Universidad de Viena.

*Introducción. La teoría del lenguaje ayer y hoy.* — Bühler reconoce ante todo la labor realizada por sus antecesores en el terreno de las investigaciones lingüísticas (la edición alemana apareció en 1934). De manera muy particular se detiene en el análisis de las aportaciones hechas por H. Paul con sus *Prinzipien der Sprachgeschichte*, citados

una y otra vez a lo largo de la obra, por Ferdinand de Saussure con su *Cours de linguistique générale* y por E. Husserl con sus *Logische Untersuchungen*.

I. *Los principios de la lingüística*. — El primer capítulo está dedicado a esclarecer los principios que deben regir la investigación. Se trata de comprender el objeto, axiomas y principios de la ciencia del lenguaje. Como objeto de la lingüística reconoce Bühler “el conjunto de lo que puede herir los sentidos de los lingüistas” (pág. 27). Como axiomas o principios fundamentales ofrece Bühler cuatro: *Axioma A*. — El modelo de *órganon* propio del lenguaje, que se funda en la triple función de sentido de los fenómenos lingüísticos: expresión, apelación y representación. *Axioma B*. — La naturaleza del lenguaje como signo, porque “ya la forma sonora de una palabra está construída como signo y para ser signo” (pág. 45). *Axioma C*. — La acción verbal y el producto lingüístico, el acto verbal y la forma lingüística, o sea los cuatro momentos o aspectos que constituyen, según Bühler, el objeto total de la lingüística. *Axioma D*. — La palabra y la frase. El sistema C-S del tipo lenguaje. Se funda este principio en la consideración del lenguaje fonético humano como un sistema heterogéneo de dos clases. “Allí hay una primera clase de formas lingüísticas y convenciones correspondientes, que proceden como si fuera lícito desgarrar el mundo en pedazos o desmembrarlo en clases de cosas, procesos, etc. o resolverlo en momentos abstractos y atribuir a cada uno un signo, mientras que la segunda atiende a proporcionar los medios de carácter de signos para una construcción a fondo del mismo mundo (del que ha de representarlo), según relaciones” (pág. 88).

II. *El campo mostrativo del lenguaje y los demostrativos*. — Establecidos los principios, Bühler procede a analizar el valor déictico del lenguaje, fundándose en las conclusiones alcanzadas por Ph. Wegener, *Grundfragen des Sprachlebens*, y K. Brugmann, *Die Demonstrativpronomina der indogermanischen Sprachen*. El momento déictico es tan importante, en la opinión de Bühler, que puede afirmarse que “no hay ningún signo indicativo fonético que pueda prescindir del gesto o de un hilo conductor sensible equivalente al gesto, o, por último, de una convención orientadora que lo sustituya” (pág. 109). En relación con esto está el problema del origen del campo mostrativo y están también las diferencias de criterio entre lingüistas excesivamente aferrados a la tradición lógica, que sólo ven en los signos fonéticos un valor simbólico-conceptual, y los lingüistas de tendencia psicológica que reconocen además una función simplemente déictica en algunos elementos del lenguaje que, por lo demás, son los más primitivos.

La deixis en fantasma merece a Bühler un estudio especial, encontrándola en principio más o menos relacionada con el fenómeno lingüístico de la anáfora. Este capítulo termina con una amplia referencia

a la mostración egocéntrica y a la topomnéstica. Con relación a esto declara Bühler enfáticamente cuáles son los fines que se propone con una teoría del lenguaje: “conseguir algo sustancial acerca de la estructura del lenguaje humano en singular y comprender las diferencias conocidas en la estructura de las lenguas de diversas familias lingüísticas como posibles variantes” (pág. 161).

III. *El campo simbólico del lenguaje y los nombres.* — El programa que se propone desarrollar Bühler en este capítulo queda enunciado en los siguientes términos: “... la deixis en fantasma, que hemos descrito, utiliza, cuando se movilizan trasposiciones de un modo denominativo, el mismo campo mostrativo y los mismos demostrativos que la *demonstratio ad oculos*. El campo simbólico del lenguaje en el producto lingüístico compuesto proporciona una segunda clase de recursos de construcción y comprensión, que se pueden reunir bajo el nombre de *contexto*; situación y contexto son, pues, *grosso modo*, las dos fuentes de que se alimenta en cada caso la interpretación precisa de manifestaciones lingüísticas” (pág. 171).

Una noción que es preciso tener en cuenta, al tratarse del campo simbólico del lenguaje, es la de *entorno*. Bühler enseña “que el entorno más importante e interesante de un signo lingüístico es su *contexto*; el individuo aparece en unión con otros semejantes, y la unión se presenta como entorno eficaz” (pág. 177). Esta noción lleva a considerar las relaciones existentes entre el fenómeno fonético y la realidad psicológica del hablante. “Nuestro lenguaje cotidiano representativo — observa Bühler — y con frecuencia, en grado más intenso, el del poeta, pero también el lenguaje de las obras científicas, no se propone la mayoría de las veces en la frase particular la máxima unicidad lógica e integridad asequible. La aprehensión plena del objeto y la integridad de su representación lingüística son un ideal en un grado mucho menor que lo que la mayoría sospecha. Más aún: el lenguaje natural sólo lo consigue de un modo lamentablemente imperfecto, cuando se lo necesita, por ejemplo, en demostraciones lógicamente rigurosas” (pág. 196).

Para aclarar la significación del campo simbólico del lenguaje, Bühler acude a comparaciones con los campos simbólicos en los instrumentos de representación no-lingüísticos: el papel pautado de los músicos y el mapa geográfico. Los signos lingüísticos, como los convencionales de otros órdenes de representación, deben proyectarse para constituir un producto lingüístico sobre un campo determinado que les dé todo su valor.

El aparte que dedica Bühler a la onomatopeya es de los más interesantes del libro y, por lo demás, uno de los más claros. Como explicación de los motivos que la originan da esta: “La avidéz de intuición y el ansia de un contacto y trato directo con las cosas sensibles es una actitud, psicológicamente del todo comprensible, del hablante. El hom-

bre, que ha aprendido a leer e interpretar el mundo silabeando, se ve, por el instrumento intermedio que es el lenguaje y sus leyes propias, apartado de la plenitud inmediata de lo que los ojos pueden ver, los oídos escuchar, la mano a p r e h e n d e r, y busca el camino de vuelta, trata de lograr una aprehensión plena del mundo concreto, salvando el silabeo en cuanto es posible" (pág. 222).

Ahondando más en el problema de la evolución del lenguaje, Bühler se detiene en el estudio de la etimología. El momento original del lenguaje resulta completamente irreflexivo, fruto de un instinto o de una tendencia que nos lleva a hablar y a reflexionar sólo después de haber producido los fonemas concretos. "El hombre en formación, vistas las cosas a grandes rasgos, no reflexiona a n t e s, sino d e s p u é s de crear; también reflexiona sobre los nombres sólo cuando existen" (pág. 248).

Para terminar sus consideraciones sobre el campo simbólico del lenguaje, Bühler se refiere al sistema de declinación indoeuropeo como a un ejemplo típico de instrumento de campo. Siguiendo los pasos de Wundt, e incluso con sus palabras, Bühler establece las características mixtas (gramático-lógica y localista) del sistema indoeuropeo, poniendo como modelo el sánscrito con sus ocho casos de declinación.

IV. *Estructura del habla humana: elementos y composiciones.* — Este último capítulo del denso libro que reseñamos se abre con una contraposición de dos doctrinas clásicas acerca de la estructura del lenguaje: la de la s í n t e s i s, enseñada por Aristóteles y sostenida a través del tiempo por Kant, Hegel, Cassirer y Wundt, y la del *aggregatum*, defendida por Leibniz. Pasa luego a estudiar la ley de la articulación, analizando las teorías acústica y motriz de la sílaba y tratando de conciliar los extremos, representados por Sievers y R. A. Stetson.

Vienen luego una serie de consideraciones sobre el perfil sonoro y la filiación fonemática de las palabras. El tema sugiere a Bühler comparaciones interesantes con las ciencias químicas y con las peculiaridades de la heráldica. La idea central es esta: "... a los momentos relevantes en la forma verbal pertenecen signos fonéticos elementales, es decir, fonemas" (pág. 316).

Seguidamente Bühler establece las notas del concepto de palabra, proyectándolo en sus posibilidades simple y compleja. Es ya una materia que se relaciona con el léxico puro y que, en la historia de la lingüística, tiene una trayectoria interesante. Husserl y Brugmann dirigen este aparte de la investigación con sus teorías de la significación simple y de la composición a distancia. La definición de palabra acogida es la de Meillet en la *Linguistique historique et linguistique générale*: "Una palabra está definida por la asociación de un sentido dado con un conjunto de sonidos dado susceptible de un empleo gramatical dado" (pág. 335).

En cuanto al artículo, Bühler dice lo siguiente: "Señala... (de un modo más unívoco en griego y alemán que en las lenguas románicas) el número y caso y se mezcla incluso en la función central de las palabras que acompaña; modifica su valor simbólico y sus valores de campo. Visto sematológicamente, esto último es muy curioso y la función más importante del artículo" (pág. 343). La verdadera trascendencia del artículo en sus relaciones con determinadas palabras o con el conjunto unitario de frases se comprueba elocuentísimamente en el lenguaje filosófico. "Platón y Aristóteles, sin el artículo griego, se hubieran encontrado muy a menudo sin medios de expresión, y traducir el *Sein und Zeit* de Martín Heidegger al latín áureo sería probablemente una empresa dificultosa; ¿cómo se deberían verter en latín ciceroniano 'das in der Welt Sein' (el estar en el mundo), 'das Sein zum Tode' (el ser para la muerte) e innumerables expresiones todavía más complicadas? En el latín de los escolásticos sería ya más fácil, es decir, habría que utilizar en proporción inaudita los demostrativos, según el débil modelo de los traductores latinos tardíos de los filósofos griegos, o formar, en proporción igualmente inaudita, según el modelo no muy débil de los escolásticos, nuevos sustantivos..." (pág. 351).

Otro elemento fundamental de la estructura del habla humana está constituido por las uniones con *y*. Bühler llama la atención sobre la diferencia que hay entre un *y* numeral y un *y* conjuntivo, haciéndolos equivaler a la mostración real y a la mostración sintáctica. El primero es un *y* meramente colector, mientras el segundo "e n c a d e n a f r a s e s" (pág. 359), perteneciendo por esto a la categoría de las conjunciones.

El compuesto es objeto de múltiples consideraciones en la teoría del lenguaje, especialmente cuando se trata del compuesto alemán, las cuales compendia Bühler con gran precisión. K. Brugmann y H. Paul han polemizado sobre el particular, pudiéndose resumir la esencia del problema en estas palabras: "... todo compuesto, en el sentido del análisis lingüístico objetivista, es una palabra con valor simbólico compuesto y requiere de hecho para su cumplimiento significativo... varias pulsaciones significativas dominantes" (pág. 361). Son valiosas las observaciones que hace Bühler sobre la manera como el concepto de palabra se realiza en el compuesto: "... el compuesto nominal es, ante todo, también como 'palabra unificada', una palabra; podemos comprobar en él todas las notas del concepto de palabra. Tiene, primero, un perfil sonoro propio, cuyas reglas de acentuación hasta hoy sólo parcialmente están determinadas... El compuesto se presenta, en segundo lugar, como capaz de campo, y pertenece a una determinada clase de palabras" (págs. 383-384).

Le metáfora lingüística es otro tópico lleno de interés en la obra reseñada. Es un problema sematológico directamente relacionado con

los que se refieren a las "uniones con y" y al compuesto. La trascendencia de la metáfora dedúcese de esta afirmación: "... metafórica en algún grado es toda composición lingüística, y lo metafórico no es un fenómeno particular" (pág. 387). Las implicaciones psicológicas de la metáfora han sido puestas en evidencia por Hermann Paul, en el libro ya citado, y Bühler se complace en seguirlo sin privarse de la libertad de crítica, como se aprecia en todas las ocasiones similares a ésta.

De aquí pasa el autor al estudio de la frase, de su idea filológica y de sus relaciones con la gramática. Según el sentir de Bühler, "la gramática es una ciencia que tiene que ver con formas y nada más, en el campo de la frase con formas de frases y no con frases concretas en toda la plenitud de sus propiedades y relaciones materiales y psicológicas" (pág. 402). De aquí que invoque como definición aceptable de la frase, aunque sometiéndola a detallada crítica, la de John Ries, tomada de un trabajo publicado en 1931, *Was ist ein Satz?*, y que dice así: "Una frase es una unidad mínima del habla, formada gramaticalmente, que expresa su contenido en vista de su relación con la realidad" (pág. 403).

Relacionadas íntimamente con las consideraciones precedentes están las que dedica Bühler a continuación al problema de las frases sin campo mostrativo. Se trata aquí de liberar las manifestaciones lingüísticas de las circunstancias de una situación gramatical dada y de subrayar la nota de independencia en cuanto al sentido de ciertas frases. Para demostrar gráficamente estos hechos, Bühler acude a comparaciones con el arte plástico y el arte pictórico. Al primero, como enseña Leonardo de Vinci, "pertenece un entorno del espacio de su emplazamiento y una cierta iluminación" (pág. 417). El pintor, en cambio, porque se encuentra limitado en las posibilidades de su arte, "tiene que pensar en medios para hacer aparecer en su obra un espacio ficticio y en él una iluminación propia" (pág. 418), libertándose así del entorno sinfísico, indispensable a la plástica. De manera semejante, "las manifestaciones lingüísticas se liberan en cuanto a su contenido representativo de los momentos de la situación verbal concreta" (pág. 419), se ordenan según una nueva jerarquía de valores en el campo simbólico y reciben su codeterminación del entorno sinsemántico.

Uno de los fenómenos más característicos de la estructura del habla humana es el conocido con el nombre de *anáfora*, cuya trascendencia se desprende del siguiente párrafo de H. Paul: "Fue un paso sumamente importante para el desarrollo de la sintaxis el que se diera al demostrativo, al que sólo correspondía primitivamente la referencia a algo presente en la intuición, la referencia a algo que se acaba de decir. Así resultó posible dar una expresión gramatical a la circunstancia psicológica de que una frase se formule independientemente y al mismo tiempo sirva como determinación para una siguiente. El demostrativo puede referirse a una frase entera o a un

miembro de frase" (pág. 433). Sobre el problema propuesto se vino formando a lo largo de la historia de la lingüística una concepción que negaba a la anáfora todas las posibilidades reconocidas hoy por los modernos. La conclusión de Bühler es al respecto significativa: "...hablar bien quiere decir ser parco y dejar mucho al oyente; pero ante todo una amplia libertad en el pensamiento constructivo propio. Los signos mostrativos anafóricos, vistas las cosas con rigor, llevan con andadores ese pensamiento constructivo concomitante del oyente, y, si en alguna parte lo es, es válida para su empleo la sabiduría griega de la medida" (pág. 445).

El libro de Bühler, objeto de esta reseña, se cierra con un bosquejo de estudio a propósito del mundo de formas de los períodos, en el que entran en juego las teorías pertinentes de P. Kretschmer y H. Paul. El primero parte de la hipótesis de "que originariamente sólo hubo frases simples y la relación hipotáctica entre frases surgió de la paratáctica" (pág. 446). Es un proceso de unidad intencional al cual opondrá Paul su teoría de que el problema de las formas es simplemente de ampliación de las posibilidades de la frase simple, es decir un proceso de relación circunstancial. Bühler armoniza ambas tendencias al concluir manifestando su opinión de que "el tipo de Kretschmer y el de Paul tendrían que perseguirse a través de todas las variaciones del lenguaje" (pág. 466).

Tal es el contenido de un libro valioso por la erudición con que son ilustrados los diferentes problemas relacionados con la teoría del lenguaje y por la profundidad, a veces un tanto oscura, con que son resueltos o al menos enunciados. Bühler ha logrado, sin lugar a dudas, con sus dos tomos dedicados a la expresión en general y al lenguaje en particular, reducir a unidad su pensamiento y dar una visión global de problemas de suyo intrincados y de implicaciones múltiples. La versión de la *Teoría del lenguaje*, hecha por Julián Marías, está lograda con mayor éxito que la realizada por Hilario Rodríguez Sanz de la *Teoría de la expresión*. Así y todo, y seguramente por las razones alegadas por el traductor en la *Nota preliminar* (vii-viii), la prosa es lamentablemente pesada y hay momentos en que llega a pensarse que el traductor no captó en toda su extensión y profundidad el pensamiento del autor. Tales son los reparos que pueden hacerse a un libro que, por lo demás, significa mucho en el mundo de la lingüística para no reconocerle sus excelencias intrínsecas y la honradez con que ha sido vertido a la lengua española.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la literatura hispánica* (Instituto Miguel de Cervantes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, Ediciones Jura, 1950-1951. 2 vols.

Bajo la dirección y con prólogo de don Joaquín de Entrambasaguas, el Instituto Miguel de Cervantes de filología hispánica ofrece los dos